

la historia de la cultura en Colombia y algunos problemas teóricos de la disciplina *

jaime jaramillo uribe *

Debo comenzar la lectura de esta ponencia con una observación: no intento hacer en ella un inventario completo sobre el estado actual de la historia de la cultura en Colombia, sino aludir, de una manera muy general, a los antecedentes que este campo de la historia ha tenido en el país y luego plantear algunos problemas teóricos, viejos problemas, pero siempre actuales, que esta disciplina debe abordar en su desarrollo.

Cuando en la década de los 60 se creó en la Universidad Nacional el Departamento de Historia y se inició la formación de historiadores profesionales, se fundó también el *Anuario de Historia Social y de la Cultura* siguiendo un poco la orientación de la revista *Annales de Economía, Sociétés y Civilisations*; el órgano de la nueva historiografía francesa que promovieron Marc Bloch, Lucien Febvre y su equipo, a cuya orientación se acogía el animador y director del nuevo departamento. No se incluyó en él la economía, pero ésta estaba implícita para quienes participaban en esa empresa. Se trataba en todo caso de superar la historiografía tradicional que había prevalecido en nuestro país, con nuevos temas, nuevos métodos y nuevas técnicas de investigación. Desde entonces, la historia social, la económica y de la cultura se incorporaron con paso firme en nuestra actividad historiográfica con intensidades

* Ponencia presentada en el XI Congreso de Historia, Universidad Nacional, Bogotá, agosto del 2000.

* Profesor asociado del Departamento de Historia, Universidad de los Andes, Bogotá (Colombia).

diversas, sobre todo en lo que refiere a este último campo, con cierto predominio de la economía, en lo cual quizás influyó la modesta presencia que desde la década de los cuarenta tuvo entre nosotros el pensamiento marxista y la cada vez creciente preocupación por los problemas del desarrollo económico.

Sin embargo, la idea de investigar los diferentes aspectos de nuestra cultura no carecía de antecedentes discretos. En la década de los 30 y años siguientes se habían hecho algunos esfuerzos en este campo. Luis López de Mesa, psiquiatra de profesión, con aficiones de sociólogo e historiador, publicó su *Historia de la Cultura Colombiana*¹, un ensayo que podríamos calificar, más bien, con el nombre de historia intelectual, donde se hace alusión a nombres y generaciones, con inteligentes y agudas observaciones, sobre la evolución de las ideas políticas y filosóficas de sucesivas generaciones y a ciertos rasgos psicológicos y culturales que el autor considera característicos de la nación, todo con las limitaciones de sus fuentes documentales y los discutibles principios acentuadamente positivistas del autor.

Más tarde, con el mismo título, Guillermo Hernández de Alba publicó un ensayo que en realidad es un estudio sobre la educación colonial tratado en forma tradicional, sin referencias significativas al contenido propiamente cultural que conllevaba ese proceso educativo². Ahora bien, por valiosos que sean estos esfuerzos, los temas de fondo de la historia de la cultura, con su debido tratamiento, estaban ausentes: el arte, la ciencia, la literatura, las formas de mentalidad, las formas de cortesía, las costumbres de mesa, en fin, los diversos aspectos que contiene este amplio campo que denominamos cultura.

Con la llamada, en nuestra nomenclatura historiográfica, escuela revisionista: Nieto Arteta, Guillermo Hernández Rodríguez, Juan Friede, Luis Ospina Vásquez, Indalecio Liévano Aguirre, la perspectiva pareció cambiar pero en realidad la cultura como tema central apenas se roza tangencialmente en sus obras, pues en la más prometedora de este grupo en cuanto a la historia de la cultura se refiere, *Economía y Cultura en la Historia de Colombia* de Luis Eduardo Nieto Arteta, la cultura va muy poco más allá del título. Solo aparece en el texto con discretas alusiones a las ideas políticas y sociales de la generación liberal de la segunda mitad de nuestro siglo XIX.

¹LÓPEZ DE MESA, Luis, *Introducción a la Cultura Colombiana*, Bogotá, 1930. Sin pie de imprenta.

²HERNÁNDEZ DE ALBA, Guillermo, *Historia de la Cultura en Colombia*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. 1947

El panorama comenzó a cambiar en la década del 70 con la llamada Nueva Historia. En el *Manual de Historia de Colombia* publicado por el Instituto Colombiano de Cultura se insertaron valiosos capítulos sobre la literatura colonial, republicana y moderna, escritos por María Teresa Cristina, Eduardo Camacho y Rafael Gutiérrez Girardot, utilizando los modernos conceptos y métodos de la historiografía y la crítica literarias. Se le dio también especial relieve a la arquitectura y el urbanismo con los estudios de Alberto Corradine y Germán Tellez. Las artes plásticas fueron tratadas a la luz de las nuevas tendencias de la historia del arte por Eugenio Barney y Germán Rubiano Caballero. Infortunadamente, quedaron por fuera varios aspectos del extenso campo de la cultura, vacíos que han tratado de llenar investigadores posteriores.

Sin la intención de hacer un inventario completo de la variada producción que este campo presenta en los últimos años, quisiera señalar, a manera de ejemplos, algunos casos significativos. La historia de la ciencia, de nuestra discreta ciencia, dio un gran paso con la publicación por Colciencias de la *Historia de la Ciencia en Colombia*. Lo mismo podríamos decir de la *Historia del Arte* bajo la dirección de Eugenio Barney Cabrera. En 1992 Renán Silva publicó, con el título de *Universidad y Sociedad*, un ensayo sobre la universidad colonial que por su rigor documental y las categorías analíticas que emplea está a la altura de las exigencias de la moderna historia de la cultura.

En 1985 y 1992, Carlos Uribe Celis, publicó dos sugerentes y valiosos ensayos *Los Años Veinte en Colombia* y *La Mentalidad Colombiana** donde analiza, en el primero la influencia que sobre la sociedad, especialmente la bogotana, tuvieron el deporte, la moda, el cine y los modernos medios de comunicación, y en el segundo, se ocupa del arduo problema de la identidad del colombiano. El mismo tema fue abordado por Jorge Orlando Meló en su libro *Predecir el Pasado*, 1992, que incluye también un finísimo ensayo sobre la cultura colonial⁵.

Para terminar esta sumaria reseña sobre el desarrollo de la historia de nuestra cultura, sin el ánimo de hacer un inventario completo de la producción nacional en los últimos años, a manera de muestra sobre temas y tendencias historiográficas, quisiera señalar algunos títulos y sus autores, vinculados casi todos a los departamentos de historia de las universidades.

³ *Manual de Historia de Colombia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978.

⁴ URIBE CELIS, Carlos, *Los Años Veinte en Colombia*, Bogotá, Ediciones Ancora, 1985.

⁵ MELÓ, Jorge Orlando, *Predecir el Pasado*, Bogotá, Fundación Simón y Lola Gubereck, 1992.

Diana Luz Ceballos Gómez, *Hechicería, Brujería e Inquisición en el Nuevo Reino de Granada*; Patricia Enciso Patino, *Del desierto a la hoguera: Vida de un ermitaño condenado a la hoguera por la Inquisición*; Pablo Rodríguez, *Sentimiento y vida familiar en el Nuevo Reino de Granada*; *Inquisición, muerte y sexualidad*, colección de ensayos de varios autores editados por Jaime Humberto Borja Gómez. Moviéndose en la historia económica, social y de la cultura, Ana Luz Rodríguez González publicó su ensayo *Cofradías, Capellanías, Epidemias y Funerales en Nueva Granada*. Aída Martínez Carreño enriqueció la bibliografía nacional con dos ensayos sobre dos temas poco frecuentes por nuestros historiadores, *Mesay Cocina en Nuestro Siglo XIX* y *La Prisión del Vestido* un ensayo sobre las modas y el vestido como signo de diferenciación social⁶. Diana Soto Arango, *Polémicas Universitarias en Santa Fe de Bogotá, Siglo XVIII*; mención especial en este ciclo debe hacerse de la obra de los antropólogos Virginia Gutiérrez de Pineda y Roberto Pineda Giraldo *Miscegenación y Cultura en la Colombia Colonial, 1750-1810*, amplio cuadro histórico sobre el proceso de mestizaje y el choque que se produjo entre la cultura española y los indígenas, sus características y resultados⁷.

A propósito de este ciclo de investigaciones y temas podría observarse, primero, que temporalmente predomina la época colonial, segundo, que hay una notable preferencia por el tema de las mentalidades. Es de esperarse que en un futuro el abanico temático y temporal se amplíe hacia otras épocas y otros aspectos de la historia de la cultura.

Hecho este panorámico recuento del curso reciente que han tenido entre nosotros los estudios sobre la historia de la cultura, a manera de estímulo a la discusión de los problemas teóricos de esta disciplina, quisiera plantear algunas consideraciones sobre el viejo y aparentemente agotado tema, pero siempre actual, de la diferencia entre los conceptos de cultura y civilización. Añadiré algunas consideraciones sobre la jerarquía, si es que la hay, entre los elementos o valores que suelen considerarse como el contenido del concepto de cultura.

Que el tema es siempre actual y que tiene importancia para fijar las orientaciones de estas disciplinas lo comprueba el hecho de que Fernand Braudel, uno de los grandes historiadores de nuestro tiempo, le dedicó uno de sus mas brillantes ensayos sobre los problemas teóricos de la historia: *Aportación a la Historia de las Civilizaciones*⁸. Co-

⁶ SOTO ARANGO, Diana, *Polémicas Universitarias en Santa Fe de Bogotá, Siglo XVIII*, Sello Editorial Planeta.

⁷ GUTIÉRREZ DE PINEDA, Virginia, *Miscegenación y Cultura en la Colombia Colonial, 1750-1810*, Bogotá, Uniandes, 2 vols, 1999.

⁸ BRAUDEL, Fernand, *La Historia y las Ciencias Sociales*, Madrid, Alianza, 1997

mienza Braudel señalando el arduo problema que implica la definición del concepto de cultura y a este propósito recuerda que dos notables antropólogos norteamericanos A.L Kroeber y Clyde Kluchhohn, recopilaron y analizaron en un volumen 160 definiciones dadas por antropólogos, historiadores y filósofos. Dividieron estas definiciones en 6 grupos y estos en varios subgrupos de acuerdo con el énfasis puesto por sus autores en las ideas, en los factores psicológicos, en el lenguaje, en el arte, en las formas de socialización, en la técnica, etc. Al concluir esta exploración los autores intentaron extraer los elementos comunes, las coincidencias y contrastes, para tratar de poner orden en medio de la diversidad y suministrar unas bases teóricas para el tratamiento del tema⁹.

En medio de este complejo panorama valdría la pena recordar algunos aspectos de las numerosas controversias sobre el tema. Por ejemplo, el de la distinción entre cultura y civilización. Algunos autores han identificado la primera con los llamados aspectos espirituales y profundos y la segunda con los asumidos como materiales y técnicos o que, aparentemente, solo afectan las zonas superficiales de la vida humana.

Como es sabido, la distinción entre los dos conceptos ha estado muy ligada a las preferencias y tradiciones nacionales. Como lo recuerdan Braudel y otros autores que se han ocupado del tema, los alemanes han preferido y usado el concepto de cultura y fueron ellos los que, sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX, acuñaron el término Historia de la Cultura y quienes impulsaron con mayor entusiasmo este aspecto de la moderna historiografía. Los franceses en cambio, y con menor fervor los ingleses, han preferido el término civilización. Y a este propósito es muy significativo el hecho de que a partir de la segunda etapa en las orientaciones de la Escuela de los Anales el *leit-motiv* de su órgano de expresión sea "Economies, Sociétés, Civilizations" y no Economías, Sociedades y Culturas.

La distinción, aparentemente, no tiene mucho soporte en la realidad y podría explicarse como el resultado de un hábito o una tradición lingüística. Las dos palabras o conceptos tienen origen latino. Cultura se deriva de cultivo. Es una palabra que se refiere al mundo agrícola y al campo. Civilización se deriva de *civitas*, ciudad. A propósito, recordemos que la vida urbana y la aparición de las ciudades dieron origen a nuevas formas de vida, nuevas actitudes y nuevas formas de pensamiento. Para los hombres de las ciudades griegas y romanas, como para los habitantes de todas las ciudades e incluso hasta nuestros días, el campo era el lugar de lo rústico, de lo

⁹ KROEBER, A.L. y KLUCKHOHN, Clyde, *Culture: A Critical Review of Concepts and Definitions*, Nueva York, Vantage Books, 1952.

primitivo, la ciudad el mundo de las buenas maneras, la buena mesa, las maneras pulidas y cortesanas, el arte, la técnica y la política. Para los primeros cristianos, lo pagano, lo primitivo, era lo que venía del *pagus*, del campo, pues el cristianismo surgió y se desarrolló como una religión de ciudades.

Valdrá la pena detenerse en otro aspecto del problema. Cuando en la segunda mitad del siglo XIX surgió la antropología como el estudio de las primeras etapas del desarrollo humano y, como la investigación sobre los llamados entonces pueblos primitivos, que incluía el estudio de las culturas precolombinas de América o el de las poblaciones de la Melanesia o la Micronesia o de las sobrevivientes culturas precolombinas de América ubicadas en territorios como la Amazonia, los antropólogos establecieron la división entre etnología y etnografía.¹⁰ Según ella, la primera se dedicaría al estudio de lo que entonces se denominaba cultura espiritual: religión, lenguaje, rituales, organización social. La segunda a la que se denominaba cultura material: vivienda, instrumental de trabajo, armas, técnicas de tejido, canastería, alimentación, etc. Que entre estas dos esferas podría haber relaciones era algo que se columbraba, pero que en el desarrollo práctico y profesional se dejaba aparte. Fue la época en que se iniciaron los museos antropológicos y en que se coleccionaron grandes conjuntos de objetos de dichas culturas en Berlín, París y otras ciudades de Europa y América.

Quizás como reflejo de este hecho, en el campo de la historiografía la relación entre los conceptos de cultura y civilización reaparece como problemático. En algún momento se tuvo como bases de la civilización los progresos en la técnica, en la ciencia, en las relaciones sociales y en las costumbres políticas. Desde este punto de vista la cabeza de la civilización se hallaba en la Europa Occidental. La civilización se identificaba con el progreso tal como lo entendieron Condorcet y los pensadores de la Ilustración. Los conceptos de cultura y civilización se identificaban, pero el dilema continuaba latente. En efecto, en 1918 el discutido pensador alemán Oswald Spengler en su discutida pero bella obra *La Decadencia de Occidente*¹¹, revivió el debate afirmando que la civilización, contrariamente a lo que afirmaban quienes la identificaron con la cultura, era una etapa particular de estas, concretamente la etapa de su decadencia, de la pérdida de su capacidad creadora. El refinamiento, la cortesanía, el predominio de la técnica y los formalismos, según Spengler, agotaban la sabiduría de las culturas. El dualismo entre civilización y cultura volvió a tener actualidad.

¹⁰ LOWIE, Robert H, *Historia de la Etnología*, México, FCE, 1946.

¹¹ SPENGLER, Oswald, *La Decadencia de Occidente*. Madrid, Espasa Calpe, 4 vols., 1946.

En estrecha relación con esta contraposición conceptual, surge otro problema importante para la historia y la filosofía de la cultura, el problema de la jerarquía de los valores y de aquellos que son más aptos para definir su carácter y la diferente significación de sus componentes. Lo primero que debemos preguntarnos es cuál o cuáles dentro de sus elementos nos permiten definir su carácter, su capacidad de permanencia, la profundidad de sus efectos sobre la personalidad de sus miembros, en una palabra la jerarquía de los elementos que la constituyen. A este respecto todo parece indicar que para definir lo esencial de una cultura y su función en la vida de un grupo humano no tienen la misma significación todos sus elementos. Que a este respecto no poseen el mismo peso aspectos como la religión y la lengua, y pongamos por caso las formas de sociabilidad, las características del vestuario, las costumbres de mesa, las técnicas o la ciencia.

Hay otro aspecto del problema que hace relación con la jerarquía de los valores culturales. Me refiero a las consideraciones que plantea Braudel en el mencionado ensayo sobre los préstamos y rechazos que se presentan en el contacto entre las culturas. Para demostrar el carácter plástico y dinámico de las culturas, nos recuerda Braudel lo mucho que debe la civilización europea a otras culturas. De la India y de Oriente, nos dice, nos llegaron los abanicos, los sombreros cónicos, los escotes. Podría agregar el té y el polo como deporte y probablemente muchos otros casos. Y con el mismo propósito, nos cita la relación -que con razón considera muy entretenida-, que hace Gilberto Freyre sobre la formación de la cultura brasileña y los préstamos que recibió de otras culturas: las dentaduras postizas, los vestidos blancos, la cerveza, los "chalets", el alumbrado eléctrico, el positivismo, etc.

Ahora bien, la pregunta que debe hacerse el historiador y también el antropólogo, es si estos préstamos tienen las mismas consecuencias, la misma profundidad para la cultura que recibe, que por ejemplo, un préstamo hecho en el campo de la religión o la lengua. Todo parece indicar que los resultados no son los mismos. ¿Cómo, pues, definir los fundamentos, los valores esenciales de una cultura? Hay muchas razones para pensar que dichos fundamentos y valores son la religión y la lengua. Respecto del lenguaje, filósofos, lingüistas, psicólogos y hasta los historiadores están de acuerdo en que entre lenguaje y pensamiento hay una relación íntima. Es tan estrecha esta relación que la lingüística y particularmente la novísima disciplina de la semiología han sustituido a las tradicionales doctrinas que desde Platón y Aristóteles hasta Kant y sus sucesores han tratado de explicar el arduo problema del conocimiento y del origen de las ideas y lo han transformado en un problema del lenguaje.

Por que lo que da más importancia y mas relieve al lenguaje dentro de todos los fenómenos de la cultura son sus funciones. El lenguaje es el instrumento que nos permite nombrar los objetos, asignarles un sentido y una función, en una palabra, dar al mundo que nos rodea un sentido. La lengua es el elemento de la cultura que nos permite formarnos la noción de grupo propio y de grupo extraño. Cuando en medio de una multitud plurinacional oímos hablar la propia lengua detectamos que estamos entre compatriotas. Ningún otro signo nos suministra esa noción. Si hay algún elemento que define esa compleja idea de la identidad cultural, es la lengua. La lengua une y también divide. Es también un elemento esencial de la vida emocional. Los fenómenos de depresión que suelen producirse cuando estamos fuera de nuestro país, en un medio cultural diferente, se deben a que estamos imposibilitados de tener comunicación con los otros a través del lenguaje.

En el caso del fenómeno de la religión, existen también múltiples razones para considerarla un elemento básico de las culturas. Para comprobar su importancia en la vida de los pueblos y en la historia bastaría con mencionar la prioridad que le han dado historiadores y sociólogos. Es el caso de Fustel de Coulanges quien en su obra *La Ciudad Antigua* demostró la íntima conexión que existió entre la religión y las instituciones políticas y sociales de la Grecia antigua. Y el de Max Weber, que atribuyó excepcional importancia a la ética protestante en los orígenes o por lo menos en los cambios cualitativos que tuvo el capitalismo moderno a partir de la Reforma protestante.

Para percibir el peso que tienen la religión y la lengua en el proceso de cambio histórico y cultural, un caso ejemplar sería el descubrimiento y colonización de América. En efecto, a través del secular proceso de conquista y colonización las grandes culturas americanas desaparecieron como cuerpos históricos integrados: la azteca, la maya, la inca, la chibcha y tantas otras. Para eliminarlas el conquistador empleó muchos medios: la guerra, la explotación económica, la introducción de nuevas técnicas, nuevos elementos de la cultura material, en fin, a través de un complejo proceso de aculturación. Pero ninguno de estos medios fue tan eficaz para lograr ese propósito como la eliminación de sus lenguas y sus religiones y la sustitución de ellas por el catolicismo y la lengua castellana. Las culturas prehispánicas desaparecieron cuando perdieron sus lenguas y sus dioses.